

Varias autoras
Varios autores

Mujeres venezolanas escritas y contadas

Cuadernos de Urgencia No. 2

CENTRO para la
DESCOLONIZACIÓN

*Centro Internacional de Estudios para la
Descolonización "Luis Antonio Blgott"*

MINISTERIO

DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

Varias y varios escriben
sobre mujeres

Ministro del Poder Popular Para la Cultura

Ernesto Villegas Poljak

Viceministro de Cultura Audiovisual

Sergio Arria Bohórquez

**Presidente del Centro Internacional de Estudios para la
Descolonización “Luis Antonio Bigott”**

Humberto J. González Silva

Se permite la copia de este libro, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido del texto, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

© Centro Internacional de Estudios para la Descolonización “Luis Antonio Bigott”, 2022

Autores:

Carmen Clemente Travieso

José Gregorio Linares

Luis Felipe Pellicer

Yoama Paredes

Edición:

Diego S. González Porras

ISBN:

Depósito Legal: DC2022000298

[Edición en Línea]

Índice

Presentación.....	9
Mujeres venezolanas. Somos de verdad <i>Yoama Paredes</i>	13
La marxista María González <i>José Gregorio Linares</i>	17
Epifania Sánchez (La Negra Aurora) <i>Relato recogido por María del Mar Álvarez</i>	21
Isabel Gómez: mujer pueblo <i>José Gregorio Linares</i>	25
Ana María Campos: Valerosa y decidida por la libertad <i>Carmen Clemente Travieso</i>	33
Mujeres <i>Luis Felipe Pellicer</i>	45

¡ENCUENTRO DE HERMOSURAS!

*Todas las niñas son hermosas. Adolescentes,
jóvenes, adultas.*

*Nos impusieron bellezas estereotipadas y de
paso nos impusieron ponerlas a concursar
para escoger lo que simplemente es imposible:*

La más bonita.

*Este carnaval tan necesario para la alegría, la
algarabía y el ambiente de fiesta, sirva para el
encuentro, intercambio y convivencia.*

*Hagamos entonces encuentros para estar
felices, enorgullecernos de toda la diversidad
de bellezas y que todas sean ganadoras, sin
jurado, concurso ni certámenes. Resistir con
alegría. Renacer sin alienación y Revolucionar
Métodos de Convivencia. Lo lograremos.*

Yoama Paredes
Carnavales 2022

Presentación

Mujeres venezolanas, escritas y contadas es el segundo número de nuestra serie de Cuadernos de Urgencia, publicada por el Centro Internacional de Estudios para la Descolonización “Luis Antonio Bigott”. Visibilización es el primer paso de una cadena continua para hacer aparecer en la conciencia a quién se ha negado; reconocer, recordar y reencontrarse con la gente que hace la vida y la historia de los pueblos, pero no aparece. El espacio está acaparado por la épica de los hombres blancos: generales y presidentes se suceden, y cuando se pregunta quién construyó ese edificio o ese puente, se contesta que tal presidente, si uno se pone especialista, se nombran si acaso al arquitecto o al ingeniero. Pero quienes hacen edificios y puentes son los trabajadores y las trabajadoras de la construcción. Y quienes hacen la historia son los pueblos, aunque se hayan visto impedidos de escribirla.

No solo en clave de poder y de dinero sino de sexo, la historia de los dominadores es excluyente. La mujer es Elena

de Troya, bella y pasiva; princesita a ser rescatada; bruja o loca cuando más. A veces encarna la maldad del cuerpo; el pecado de la carne, convertido en maldad concentrada. Si acompaña la historia es como madre, hermana o amante. De allí que las primeras que son mencionadas sean Luisa Cáceres de Arismendi, esposa y madre; o Manuela Sáenz, “amante del Libertador”. Y la mujer heroica de verdad queda aplazada por la acompañante.

La Revolución Bolivariana tiene rostro y cuerpo de mujer. Son mujeres las primeras que se alzan para defender a Chávez, a la democracia y la vida en los días de abril de 2002. Son mujeres las primeras propulsoras del poder popular, las que dan forma real y concreta al protagonismo popular. Una compañera-madre le dice a Chávez que no te rindas, mijo, que yo estoy cocinando con las patas de la mesa y no nos rendimos, y es una orden de resistencia ante el paro-sabotaje petrolero que entre finales de 2002 e inicios de 2003 intentó hundir en la desgracia a este pueblo.

Con el empuje de los movimientos sociales y de las evidencias corpóreas de nuestra fuerza, la revolución se hizo feminista. Hay fuerza femenina en la decisión del comandante Chávez, es la abuela Rosa en él. Y confiesa, en conversación con todo aquel que viera el programa Aló, Presidente, su admiración por “la mujer y su lucha en un mundo injusto, terriblemente injusto, y sobre todo injusto con la mujer, injusto con las mujeres, violento con las mujeres”, una admiración y una conciencia que le hizo hacer un llamado “a los hombres de Venezuela a que desterremos para siempre el

machismo de esta tierra, para que algún día declaremos a Venezuela territorio libre de machismo”.

Nos encontramos en la preparación de este trabajo con las *Mujeres venezolanas de la independencia*, de Carmen Clemente Travieso, escritora a homenajear en la próxima Feria Internacional del Libro de Venezuela, de ella tomamos su texto sobre Ana María Campos. Y en otro libro, *Historia de la lucha de la mujer venezolana*, encontramos el testimonio de vida de Epifanía Sánchez, La Negra Aurora. Yoama Paredes, maestra ambulante y militante, escribe sobre su vida y enaltece a las maestras. Se encuentran ellas con otras mujeres, en los escritos de hombres como Luis Pellicer, historiador insurgente, y de José Gregorio Linares.

Centro Internacional de Estudios para la
Descolonización “Luis Antonio Bigott”

Mujeres venezolanas. Somos de verdad

Yoama Paredes

El Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro Moros, resalta en sus alocuciones, que el pueblo venezolano es de verdad. Es heroico para salir a trabajar, resuelve, aprende y de paso todas sus vicisitudes las pasa con humor, jocosidad, a todo le saca un chiste y en la chiquitica se seca las lágrimas y “pa’ lante es pa’ ya”. ¿Qué podemos decir del Pueblo Mujer? No alcanzarían estas cuartillas para todas las reflexiones, así que he decidido para esta solicitud que se me hace, reflexionar acerca del Pueblo Maestra.

Nuestras maestras son mágicas, qué otra palabra para una mujer que se levanta con tremendo sentido de responsabilidad y voluntad de servicio, atiende sus asuntos

del hogar, si tiene pareja y si no, también. Las maestras, las hay con hijos e hijas, sin hijos ni hijas. Unas cuidan a su mamá, otras a su papá, otras a ambos. Comienzo hablando acerca de su hogar pues son heroínas desconocidas hasta por ellas mismas que no lo saben. Para una maestra la escuela es su responsabilidad, se monta sobre sus hombros el año escolar, que las planificaciones no se caigan, que la escuela esté bonita, que las actividades tengan la creatividad y la estética que difícilmente consigamos en otros espacios, y, si vemos esa estética en una actividad distinta a la escuela, en la comunidad, en la comuna, seguramente una maestra está presente.

Mi nombre es Yoama Paredes, ingresé como profesora de Química en 1988 en el liceo Aquiles Nazoa de Santa Rita, estado Aragua. En ese entonces era séptimo, octavo y noveno grados, es decir, pubertos y adolescentes. Con 26 años de edad me pregunté, ¿En qué les puedo ser útiles?, comencé preguntándome cómo no enseñar, cero monotonía, cero explicaciones descontextualizadas e inútiles, realizaba prácticas de laboratorio por descubrimiento, descubrían el agua tibia con tanta emoción, que yo estaba segura que por ahí era la cosa. Luego dediqué todos los sábados, por los diez años siguientes, al centro de cultura, cada año leía la misma cartilla: “el que viene por puntos de club no esté aquí, aquí se viene a aprender y a disfrutar”. Jamás se fue ni uno ni una. Aprendieron a tocar tambor, cuatro, maracas, cantar, armar parrandas, fulías, celebrar

navidad, celebrar cruz de mayo. Una vez los y las llevamos, mi hermana Natacha (maestra también) y yo a Cuyagua a ver el encuentro de San Juanes, a Curarigua (estado Lara) a las fiestas de San Antonio. En la casa de una abuela de una de las niñas (hoy doctora) aprendieron a tejer chinchorros y también hicimos títeres. Una niña con síndrome de down aprendió a tocar cuatro, un joven y una joven que desentonaban al cantar terminaron cantando (entonados) como solistas en la fiesta de fin de año del liceo. El epónimo de la institución era nada más y nada menos que Aquiles Nazoa, cada lunes cívico leíamos un cuento, una poesía de Nazoa y cada mes una obra de Teatro. Una vez más mujeres conspirando (otra de nuestras características), profesoras de castellano, inglés, biología, química. Sacar a nuestras y nuestros estudiantes de la cultura de estudiar por notas (aún intacta esa cultura) y entrar en la aventura de nuestro Aquiles. Esa vez que fuimos a Cuyagua, llevamos un autobús con los pubertos y las pubertas y los y las adolescentes del centro de cultura de nuestro liceo de Santa Rita, les leímos la cartilla “vamos a ver el encuentro de san juanes de Cuyagua, Cata, Ocumare, Choroní, Chuao. Verán cómo llegan desde alta mar las lanchas con su San Juan luciendo su nuevo traje para las fiestas, al final, harán un ensayo con la experiencia vivida”. Llegamos a Cuyagua y caminamos hasta el mar, de repente los gritos: ¡agua!, ¿esta es la playa?, salieron corriendo hacia la playa gritando de alegría y jugando. Ninguno ni ninguna había ido nunca a la playa. Adiós San Juanes y adiós experiencia “cultural”,

Natacha y yo a cuidar muchachos y muchachas pa' que no se ahogaran. Se bañaron todo el día. El día lunes trajeron su ensayo: que rica el agua, nos divertimos mucho jugando en la playa, el mar es hermoso... (¿y los San Juanes?). ESO HACE LA MUJER MAESTRA, y así fue como nos hicimos pedagogas, escuchando, ubicándonos en los verdaderos propósitos y ser útil en, por y para la vida.

Hoy, con guerra, bloqueo, inflación inducida (que es lo que más nos ha pegado a las maestras, sobre todo las de antes, que antes de reconocer que estamos pelando preferimos callar), somos más creativas, nuestra capacidad de resolver se ha hecho cada vez más infinita y seguiremos aprendiendo a producir. Nuestras escuelas están llenas de Yoamas y de Natachas, de eso no me queda duda. Falta mucho por transformar, por generar pedagogía del amor y la curiosidad, aprender a convivir y no competir, pero vamos por ese camino. Las maestras venezolanas, que somos pueblo, que junto a nuestros maestros nos vamos complementando y fortaleciendo, no nos vamos a rendir, seguiremos poniendo las escuelas en nuestros hombros hasta lograr que cada niña y cada niño que entra, vive y convive en ellas sonría, disfrute, aprenda y sea un ser humano social y solidario. Es y será siempre nuestro trabajo.

La marxista María González

José Gregorio Linares

Siempre me he preguntado cuáles son las motivaciones que impulsan a un ser humano a luchar y sacrificarse por el ideal socialista. He pensado que la formación política ayuda a fortalecer la conciencia de clase y la voluntad. Pero desafortunadamente esto no lo es todo. Ha habido revolucionarios con una sólida formación doctrinaria que flaquean ante cualquier adversidad, mientras que otros con menos insumos teóricos siguen luchando en medio de las más adversas circunstancias. No quiero ser malinterpretado. La capacitación ideológica es fundamental para formar los cuadros políticos, pues como enfatiza Lenin: “sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario”. Pero eso no lo garantiza todo. Se han visto casos de militantes con alto nivel teórico que en los momentos críticos se doblegan y traicionan. Una vez en la

derecha blanden su arsenal ideológico para destruir o debilitar el movimiento socialista. Se comportan como los nuevos cristianos en tiempos de la inquisición: son más papistas que el Papa, es decir, más reaccionarios que nadie. Hagan memoria y de seguro recordaran a más de uno.

Por otra parte, algunos piensan que el ejercicio constante de tareas en el seno del pueblo es la condición clave para acrisolar el compromiso socialista. Lamentablemente hemos visto como el “tareísmo” tampoco garantiza la entereza en coyunturas difíciles. Muchos militantes por falta de formación abandonan el camino revolucionario en tiempos críticos. No contaron con las herramientas doctrinarias y los argumentos para interpretar y transformar el mundo en que vivían. Se rindieron y después no quieren saber nada de política. Entonces, vuelvo a preguntarme: ¿cuáles son las motivaciones profundas que impulsan a un ser humano a vivir y sacrificarse por el ideal socialista?

Todo esto lo digo a propósito de una de las primeras marxistas venezolanas, hoy injustamente olvidada. Me refiero a la venezolana María González, obrera textil y tabacalera. Vivía en Nueva York a comienzos del siglo XX, y allí se hizo militante de izquierda. A sabiendas de los riesgos que ello implicaba, afrontó voluntariamente la misión de venir a nuestro país a fundar el Partido Comunista de Venezuela (PCV) y a organizar la resistencia antigomecista. Desafortunadamente fue descubierta por los

esbirros de Juan Vicente Gómez. Según Eduardo Machado en el libro *Memorias de un General de la Utopía*: “La detuvieron frente a una fábrica textil en San José. Fue interrogada y torturada en la prefectura. Llegó a La Rotunda maltratada, casi sin poderse mantener en pie, llevada a rastras por dos policías. En uno de sus calabozos, llamado la antesala de la muerte, fue desnudada y colgada a una garrocha sujeta en el techo. Dos cancerberos famosos por su ferocidad fueron encargados de azotarla con vergas de toro para que hablara. Cuando recuperaba el conocimiento balbuceaba, suplicaba sobre sus dos hijos pequeños de quienes no tenía noticias. Pero ella no reveló nunca quienes eran sus camaradas, quienes eran sus contactos ni la misión que cumplía. Pasó un año incomunicada, sometida a hambre y sed, sin oír ni ver nadie, sola con los grillos atenazados a sus pies”. Allí murió, tenía 22 años. En este aniversario del nacimiento de Marx me pregunto: ¿cuáles fueron las motivaciones que impulsaron a esta noble trabajadora a inmolarse de tal modo por el ideal comunista?

Ahora la historia se repite: mucha gente humilde asume a plenitud razones para defender hasta con su vida la Revolución Socialista. Son motivos profundos y genuinos, difíciles de entender entre quienes no son capaces de encarnar un ideal y arriesgarse por otros. Estos motivos nos conectan con nuestra memoria ancestral, con todos los seres que han luchado sin perder la fe y la esperanza. Nos

enlazan con camaradas como María González que en la soledad de su celda sabía que su consagración a la causa marxista no sería en vano, que pasado los años el fantasma del socialismo recorrería Venezuela. Y que ella, María González, entonces renacería, se multiplicaría, se haría multitud.

Epifania Sánchez (La Negra Aurora)*

Relato recogido por María del Mar Álvarez

“En el año 60 no sabía absolutamente nada de lo que era el Partido Comunista, ni nada de política, pero un día se me ocurrió decir: ‘quiero ser comunista’. Me fui a la casa del Partido en Santa Ana, en el Cementerio. Allí hablé con un muchacho llamado Negrín y le dije: ‘¿Qué puedo hacer yo para ser comunista?’. ‘Usted dice que es comunista y es comunista’. Allí empecé. Tuve la dicha de conocer muchas muchachas, yo era bastante joven, no había llegado a los veinte años. Yo me fui unos días antes de cumplir los veinte años a la lucha.

* Relato tomado del libro *Historia de la lucha de la mujer venezolana* de María del Mar Álvarez, editado por la editorial el Perro y la Rana en 2010.

“Cuando estaba en las guerrillas se me llamaba Epifania. No sabía ni escribir ni leer. Para saber lo que estaba pasando en el país, allá en las montañas, tenía que ir uniendo las letras para saber qué era lo que estaba pasando.

“La lucha se fue haciendo más violenta. Estaba también Guillermina Torrealba, Trina Urbina y una muchacha llamada Petra que fue la primera a la que agarraron en las guerrillas. En Santa Cruz de Mora, en el estado Falcón, estábamos bien cubiertos; allí estuvimos mucho tiempo. En relación con la comida, Guillermina y yo cocinábamos: nos llevaban la leche y nosotras preparábamos el queso dentro del mismo campamento. Los compañeros nos enseñaron que se le echa una cosita que cortaba la leche, entonces lo metíamos en unos sacos y sacábamos la panela de queso. Hacíamos dos comidas: una en la mañana y una en la tarde. Cargábamos el agua, cuando nos tocaba a nosotras y nos llevábamos unas botellitas llenas para nuestro aseo; el comandante nos regañaba por eso.

“Nosotras teníamos muchos contactos y mucha gente buena campesina que nos apoyaban. Yo estuve aproximadamente cuatro años en la guerrilla. Tenía un arma de esas que mataban búfalos, con un proyectil; la disparaban y se volvía otra vez a cargar. Si algo he hecho en la vida de lo que me sienta orgullosa es de ese paso por la guerrilla. Aprendí a conocer a la gente del campo. Nosotros vivimos allá arriba la experiencia de los bombardeos, la persecución esa que nos mandó Betancourt, los cazadores

(nos bombardeaban una zona y después otra), y los fusilamientos de los campesinos. El muchacho con quien me había casado en las guerrillas lo fusilaron en el pueblo donde estábamos, lo amarraron y se lo llevaron.

“Cuando me bajan de las guerrillas no quería saber más nada del Partido. Yo me quedé con la gente que estaba todavía con la lucha armada, porque esa consigna de rectificar... ¿rectificar qué? Si nosotros estábamos viviendo en lo mismo que cuando subimos, la misma miseria, la represión, muertos por donde quiera, entonces, ¿éramos nosotros los que íbamos a rectificar? Yo creo que hasta me expulsaron del Partido porque no acogí la línea.

“Al final del ‘64 estuve aquí en Caracas con varios dirigentes que estaban en la montaña con Douglas Bravo. Me detuvieron cuando estaba en La Vega en la casa de la Señora Negrete. Me siguieron juicio y estuve tres años presa en el cuartel San Carlos. Cuando salí conseguí trabajo en la Universidad Central de Venezuela hasta que me jubilaron”.

Isabel Gómez: mujer pueblo

José Gregorio Linares

Muchas han sido las mujeres que en Nuestra América han dado todo por las mejores causas. El amor por los otros y su abnegada entrega las distingue. “Las campañas de los pueblos sólo son débiles, cuando en ellas no se alista el corazón de la mujer. Toda la patria está en la mujer: si ella falla morimos”, nos recordaba José Martí. Una de esas mujeres extraordinarias cuyo corazón se alistó en los ejércitos de la Patria es Isabel Gómez. Debemos rendirle los homenajes que merece.

Matrona y lavandera

Fue una gran combatiente: luchó contra la esclavitud y por la igualdad social en el Caribe; también peleó desde Venezuela por la independencia de Suramérica; fue, además, la mamá de Manuel Carlos Piar (1774-1817), el

prócer cuya victoria en la Batalla de San Félix de 1817 sentó las bases económicas de la independencia y dio paso a la liberación de todo el continente.

La primera vez que leí acerca de ella fue en el libro *Mujeres de la Independencia* de Carmen Clemente Travieso. A medida que iba leyendo me preguntaba por qué Isabel Gómez es casi una desconocida. Las claves de su anonimato están en su vida misma y en el tratamiento que el patriarcado, las oligarquías y cierto feminismo clasista les dan a las mujeres de procedencia popular, especialmente si son indias, negras o mestizas, y su talante no se corresponde con el estereotipo de «bello y delicado sexo».

Isabel Gómez nació en Curazao, cuando todo el Caribe era un hervidero de cimarrones que luchaban por la libertad. Creció bajo la influencia de los jacobinos negros de Haití, quienes enfrentaron y vencieron a los esclavistas y colonialistas europeos. Era mulata, de ascendencia africana (su madre fue Juana Quemp y su padre Manuel Gómez) y para los blancos todos los que tenían gotas de sangre negra y pigmentación en la piel eran de raza inferior.

Ejercía de lavandera y partera, trabajos que eran catalogados como “oficios viles”. Fue madre soltera, parió varios hijos e hijas con dos esposos diferentes (uno de ellos fue Fernando Piar, navegante canario) lo que era mal visto por la mojigata sociedad de entonces. Anduvo por el Caribe con su prole a costas, promoviendo la independencia, la

lucha contra la esclavitud y buscando una mejor forma de vida.

Con Gual, España, Rodríguez y Josefa Joaquina Sánchez

Así, llega a Venezuela en 1785, trae consigo a su hijo Manuel Piar (1774-1817), de apenas 11 años de edad. Se residencia en La Guaira, “Cuna de la Revolución Americana” al decir del historiador Arístides Rojas. Allí en 1795 se incorpora al movimiento emancipador e igualitarista dirigido por Manuel Gual, José María España, Juan Bautista Picornell, Simón Rodríguez y Josefa Joaquina Sánchez. Sus postulados eran más radicales que los que años después enarbolaron las élites criollas que dirigieron la lucha por la independencia.

Ella se involucra en la conspiración y se convierte en una activista. Era la época en que las autoridades españolas exigían apresar “a las mujeres con niños pequeños que llevan y traen noticias”. Pero como era partera y con frecuencia debía trabajar de noche se mimetiza: “esperaba la caída de la tarde para irse, paso a paso, por los sitios más extraviados a dejar con mano segura y firme —amorosa también, ¿por qué no?— un pliego contentivo de los Derechos del Hombre o una hoja con la Canción Americana”. Allí se declara “la igualdad natural entre los habitantes” y se canta: “viva tan solo el Pueblo, el pueblo soberano, mueran sus opresores, mueran sus partidarios”.

Cuando la insurrección fue delatada, ella alertó a los líderes Manuel Gual y José María España sobre la orden de detención para que se escondieran: ambos huyeron del país y se refugiaron en la casa de Isabel en Curazao. Esta acción solidaria a favor de los conjurados llegó a oídos de las autoridades españolas de Venezuela. Entonces la insurgente curazoleña fue encerrada en “la célebre prisión que llamaban el infiernito por su falta de aire, su humedad salitrosa y su clima agobiante”. Estuvo a punto de morir, pero sobrevivió. Luego fue deportada a Curazao.

Más tarde vuelve a Venezuela y colabora con el pueblo que resiste y con los ejércitos patriotas. Vive clandestinamente durante algún tiempo en la Guaira y luego se muda a Caracas, donde vive alrededor de treinta y seis años en una casa situada de Madrices a Marrón, N^o 158, llamada entonces la Calle de los Bravos.

Al llegar a la ciudad visita en la cárcel a Josefa Joaquina Sánchez, la viuda de José María España, quien tras ser delatado es ahorcado en la Plaza Mayor de Caracas en represalia por dirigir la rebelión contra las autoridades españolas. “Mi sangre pronto será vengada en este mismo sitio”, fueron las últimas palabras del revolucionario.

En Caracas contempla cómo los sucesos van y vienen en favor o en contra de sus ideales independentistas. Estaba en la ciudad cuando se dieron los hechos del 19 de abril de 1810. “Ahora los venezolanos tomaban el poder en sus

propias manos. Por fin, ¡La simiente de la Revolución había fructificado! Los caraqueños lo habían vivido, y junto con ellos nuestra Isabel Gómez, quien callada, haciendo propaganda en voz baja, ejerciendo su profesión de comadrona, educando a sus hijas e inculcándoles las ideas de libertad había puesto también su grano de arena en la gran empresa”.

Estaba en Caracas cuando en 1811 se declara la independencia, se crea la primera junta de gobierno y se reivindica la memoria de los que participaron en el movimiento dirigido por Gual y España. Estuvo en 1813 entre quienes recibieron a un Bolívar victorioso tras derrotar al enemigo en la fulminante Campaña Admirable; y en 1814 entre quienes lo vieron marcharse al frente de miles de caraqueños que deben huir hacia oriente. Le oyó cuando habló a los padres de familia y al pueblo congregado en torno suyo y les pintó la situación con todos sus horrores”. Su corazón se acompasa al ritmo de las victorias y las derrotas; pero nunca desmaya. Tiene una fe inquebrantable en el triunfo definitivo de la causa independentista.

La insólita mentira de la oligarquía

Toda su vida fue de lucha, desconsuelo y superación. Como su hijo Manuel Piar llegó a ser un militar muy importante gracias a sus hazañas en el campo de batalla (General en Jefe a los 43 años, siendo uno de los once oficiales que

ostentan este máximo grado militar, Libertador de Guayana y Generalísimo Invicto) y a su liderazgo popular, la élite criolla inventó que no era posible que éste fuera hijo suyo.

Ella simplemente lo había criado a cambio de un dinero que le entregaron para tal fin sus legítimos progenitores. Su verdadera madre, dijeron, fue Soledad Concepción Belén Jerez de Aristeguieta y Blanco Herrera, una bella mantuana caraqueña que lo concibió ilícitamente con nada más y nada menos que con José Francisco de Braganza y Braganza, Príncipe de Brasil y heredero de la corona de Portugal, hijo de la Reina María II y Pedro III, reyes de Portugal.

Para la oligarquía y sus apocados escribientes, una humilde mujer del pueblo no podía ser la madre de un gran hombre. Años después de la muerte de su hijo Manuel Piar, Isabel Gómez solicitó los haberes militares y la pensión que le corresponden como madre del Libertador de Guayana “porque soy muy pobre según es notorio”, alegó. En esa oportunidad se vio obligada a “acreditar que dicho Manuel Piar es mi hijo natural”.

Isabel al Panteón Nacional

Isabel Gómez lo dio todo por Venezuela y Nuestra América. Merece honores. Sin embargo, con ella se cumple el aserto de José Martí: “Las mujeres célebres no son las que han sido, sino las que merecen serlo.”

Ella, que dio aportes importantes en la lucha por la emancipación, igualdad y la justicia, fue tratada con menosprecio por sus contemporáneos; e invisibilizada por la historia clasista, racista y patriarcal. En la Revolución debemos reparar esta deuda. Si somos consecuentes con la reivindicación de la mujer-pueblo, la mujer-Patria, sus restos simbólicos deben reposar en el Panteón Nacional, su vida divulgada, su memoria enaltecida. Isabel Gómez vivió la mayor parte de su vida en Venezuela, entre la Guaira y Caracas. Encarna a las extraordinarias mujeres olvidadas de Nuestra América.

Ana María Campos: Valerosa y decidida por la libertad*

Carmen Clemente Travieso**

Muchas y muy nobles virtudes adornan el carácter venezolano. Siempre se dijo que la mujer venezolana era de las más sufridas y valientes hoy, como ayer. Y, en verdad, que cuando leemos algunos trozos olvidados de la historia de la emancipación, o cuando contemplamos en el hoy angustioso e inseguro, el valor de algunas mujeres, no podemos menos de afirmarnos en este criterio. Pocas madres sufren las penurias que sufren nuestras madres para levantar a sus hijos. Pero de manera especial nuestras

* El artículo fue escrito originalmente para el libro *Mujeres Venezolanas y otros reportajes* de Carmen Clemente Travieso, editado por primera vez en 1951.

** Carmen Clemente Travieso (1900-1983) fue una periodista venezolana, pionera del feminismo en Venezuela, militante y una de las fundadoras del Partido Comunista de Venezuela.

madres proletarias: esas mujeres resignadas y anónimas que viven en los cerros, o bajo los puentes, en ranchos con paredes de cartón y techos de zinc, comiendo un día sí y otro no, haciendo mil pequeños sacrificios para que el hijito no falte a la escuela, para comprarle el trajecito o el bulto, o los zapatos, que cada día están más caros. Cuando llegan a alcanzar el trago de café o el pedazo de pan, nunca lo llevan a sus labios, sino que lo ofrecen con mano trémula al hijo que yace tuberculoso sobre el catre miserable; o a la hija que permanece de sol a sol curvada sobre la máquina de moler para ganar unos cuartos... Muchas penurias que fortalecen sus espíritus, viven nuestras madres proletarias. Hoy más que ayer, cuando se les prometió un mejoramiento económico a sus vidas sufridas y miserables. Un mejoramiento que nunca llega...

Valerosas y sufridas cual ninguna, son las mujeres venezolanas. Saben llegar hasta el sacrificio integral. Nuestra historia está plena de sus gestos generosos, de sus actos de valor: ya es una Josefa Palacios que desafía las autoridades coloniales recibiendo en su propia casa a los patriotas; o una Luisa Cáceres padeciendo los rigores de una larga prisión para no desmentir un sentimiento de libertad que guarda en su corazón como se guarda un hijo querido. O una Luisa Arambide que atraviesa los campos con su belleza y su juventud a cuestas, como una carga más, para llevar un parte a las tropas patriotas con el informe esperado a su movimiento liberador, muriendo

bajo el látigo con los labios sellados. Ya son las heroicas mujeres margariteñas haciendo guardia por las noches al lado del fusil, mientras el soldado duerme un instante antes de caer herido por su amor a la libertad. Ya son las matronas dando sus joyas para comprar armas para la defensa de la libertad. O las campesinas que salen resueltas a jugarse la vida tras un anhelo de liberación económica...

Muchas mujeres dieron sus vidas y sus bienes por la libertad de la patria. En múltiples ocasiones llegaron hasta el sacrificio integral con la ofrenda de sus vidas jóvenes y promisoras. Y lo más admirable de estas mujeres venezolanas de ayer, es que no se registra el caso de ninguna que se haya pasado al bando enemigo, ni se conoce el nombre de ninguna que haya traicionado su ideal de libertad por el consabido "plato de lentejas". Es por ello que la mujer venezolana, desde aquellos lejanos días se tenía bien ganado su derecho de igualdad social y política.

Valerosas nuestras mujeres de ayer. Valerosas y generosas también las de hoy.

Hace unos escasos días una tragedia que no se cansará de llorar la familia venezolana, nos dio a conocer la vida de una profesora joven, quien con sacrificio, con talento, con gallardía, rindió la vida en una jira cultural. Mireya Venegas y su hermana Gladys, las generosas y estupendas vidas que cayeron en el cerro de Las Pavas eran, como se

ha dicho, y como se dirá siempre, la más depurado del magisterio nacional, lo más alto, lo más útil a la Venezuela.

El valor y la decisión

Hoy nos vamos a referir a otro valor venezolano de los tiempos de la independencia: Ana María Campos, la heroína zuliana casi desconocida de nuestra juventud. ¿Quién fue esa Ana María Campos cuyo nombre nos suena a generosidad, a belleza, a juventud, a decisión, a valor, a sacrificio, a olor de tierra recién removida por las aguas lustrales de la libertad? Unos pequeños datos hemos adquirido de ella, pero que podríamos ampliarlo hasta el infinito, porque de infinito están plenos. Infinito y eterno el gesto generoso de donación de su voluntad y de su vida en aras del ideal redentor. Infinito y ejemplar para las juventudes de todos los tiempos el sacrificio integral de la vida ofrendada en aras de un ideal liberador. Ana María Campos, venezolana integral, dio su vida por amor a Venezuela, ¿a qué más puede aspirar un ser humano que le tocó vivir los años y los días congestionados de ideal en la revolución emancipadora? ¿A una mujer o un hombre de sentimientos nobles, generosos; amante hasta el sacrificio, de esa ilusión de todas las juventudes que se llama Libertad?

Ana María Campos fue una heroína zuliana. Fue allá en la "tierra del sol amada", en los hoy campos petroleros, donde se desarrolló su vida humilde, silenciosa, callada, como la

de todas las mujeres venezolanas a quienes solo les fuera enseñado rezar y obedecer. Y es esto, precisamente, lo sorprendente: ¿Dónde obtuvo esta mujer silenciosa y sometida ese valor para desafiar las iras del tirano que desangraba la tierra venezolana? ¿Cómo fue que se gestó en su tierna, inmaculada imaginación de mujer sometida, esa frase que la inmortaliza: "¡si no capitula, monda!" dirigiéndose a Morales que estaba ya perdido, porque trataba de ahogar en sangre el anhelo liberador de un pueblo? ¿Dónde aprendió esta virtud de resistencia la tierna muchachita a quien imaginamos con su cuerpecito cimbreante, con sus pupilas de límpido mirar, con sus manos tibias y generosas, esta madrecita mimosa de las tropas patriotas de su Maracaibo rebelde?

Ana María Campos con su frase auguró la destrucción de Morales; la destrucción del odio y la maldad que eran las armas usadas por este cruel tirano; la destrucción de todo cuanto se oponía a los anhelos libertadores de su pueblo. Con ella señaló el fin de su tiranía y el alba de la liberación. Era sólo cuestión de días, nada más, días en que ella sería inmolada en el infamante sacrificio. Señaló también el camino a los patriotas zulianos, les infundió el generoso optimismo que a ella la escuece, ¡qué lástima no haber nacido hombre para darse totalmente en cada uno de los instantes de su vida a la lucha por la libertad!

Un nacimiento que augura el destino

Nació Ana María Campos en los albores de la independencia venezolana, en el preciso año en que un grupo de hombres de diversas clases sociales se resuelven a emprender la tarea ciclópea de sacudir el yugo de la tiranía en que yace su pueblo por tres siglos. En los instantes angustiosos y comprometidos en que se celebran reuniones clandestinas en La Guaira y en Caracas para organizar el movimiento de resistencia. Fue por allá, por el 2 de abril de 1796, en vísperas casi del estallido revolucionario de Gual y España, cuando los hombres de pensamiento y acción se reunían para discutir los "Derechos del Hombre" y el "Contrato Social", introducidos clandestinamente desde Colombia. En la tierra zuliana ve la luz del sol por primera vez. Parecía que su nacimiento traía algo de simbólico, signándola desde la cuna con la señal redentora.

Durante los años de su infancia y de su adolescencia vive junto a los suyos los días y las noches ardidadas de heroísmo, radiantes, generosos, plenos de sangre y de lágrimas que parecían no agotarse jamás. Presenciando cómo en la Plaza de Armas de la Provincia de Caracas se levantaba el cadalso que troncha las cabezas de los que quieren ser libres. "Bautismo de gloria de la América española", le llama un joven estudiante.

Realizada la batalla de Carabobo, sentadas ya las bases de la libertad de Venezuela, quedan aún bajo el poder español

las provincias de Maracaibo y Coro, último reducto donde campean las crueles hazañas del tirano Morales. ¿Cómo no continuar en la lucha abiertamente, si ya han sonado los clarines de la libertad en las sabanas de Carabobo? Y Ana María Campos, hombro a hombro con los patriotas, continúa la lucha sin descanso. Hasta el año 1823 se prolongó la lucha por la liberación de estas dos provincias: todavía dos años más de crueldades y de muertes.

El tirano, haciéndose fuerte con su numeroso ejército, desata el terror sobre la tierra dominada. Aún aspira a reconquistar, la colonia insurrecta. Los patriotas al mando del Libertador le cercan y le asedian con paso seguro, que no conoce de retrocesos ni de debilidades.

Sabiéndose rodeado y asediado por la fuerza incontestable de los valientes, Morales desata su venganza y su sed de sangre sobre los patriotas zulianos: nada respeta su maldad: tortura a mujeres y niños, despedaza a los ancianos, a todos los que puedan conservar algún nexo de simpatía con el movimiento liberador.

"SI NO CAPITULA, MONDA"

La casa de Ana María Campos es el puerto de salvación, el asilo seguro para las reuniones patriotas; allí, entre sus cuartos estrechos se reúnen para organizar la resistencia, para buscar prosélitos a la libertad. La muchacha gentil, en plena floración de su juventud, valiente, generosa, se ofrece en su ayuda: ella también es venezolana. Y se da, una y otra

vez en la obra generosa de ayuda, colaborando en la organización de los patriotas, dejando oír su voz en las reuniones clandestinas, ¿por qué no? ¿No es ella una venezolana? ¡Qué importa que sea mujer!

Y fue en una de estas reuniones clandestinas que dejó escapar de sus labios la frase inmortal que debía llevarla al martirio: "si Morales no capitula, monda".

Conducida prisionera ante el mismo Morales no se desanima Ana María. ¿Había medido ella la gravedad de su situación cuando recorrió las calles que la separaban de su casa a la del tirano? En su propia presencia explicó las razones que la inducían a creer que si no capitulaba, estaba perdido. Conocedora, por haberlo compartido ampliamente, del frenesí patriota, del amor de su pueblo por la libertad, de su espíritu de sacrificio, no concebía Ana María que una vez libertada la patria en su casi totalidad del yugo español, pudiera este hombre cruel y sanguinario arrebatar la gloria a los suyos.

Morales, en un gesto de soberbia, sintiéndose humillado por aquella tierna mujercita, ordena que sea vapuleada públicamente montada en un asno y paseada por las calles de la ciudad. Y así aparece ante la historia esta zuliana Ana María Campos: montada sobre un asno, paseada a lo largo de las calles sintiendo sus carnes rasgarse al golpe del látigo infamante.

Fue el negro africano Valentín Aguirre el encargado de descargar con toda su fuerza brutal la mano armada del látigo sobre las carnes de la joven patriota. Ana María sintió correr su sangre sin exhalar un gemido, concentrando su voluntad y sus anhelos en la repetición de la tremenda disyuntiva: "Si no capitula, monda".

Las matronas de Maracaibo fueron obligadas por Morales a presenciar el espectáculo como una medida de escarmiento. Desde los balcones de la casa residencial del tirano son obligadas a mirar a la joven patriota bañada en su propia sangre. Angustiadas, se cubren el rostro con las manos y ocultan a sus pequeñuelos entre sus enaguas para que no presencien el suplicio. Unas se desmayan, otras protestan con sus lágrimas y sollozos. La risa asquerosa del chacal satisfecho pone fin a la escena.

¡Si no capitula, monda!... ¡Si no capitula, monda!... La frase es repetida hasta la saciedad. A cada latigazo del verdugo sobre sus carnes mayugadas salen de los labios sedientos y amargos: ¡Si no capitula, monda...!

No sería extremado asegurar que en los oídos del tirano resonaron hasta en sus horas de soledad y de silencio. Creyó Morales, como lo creen todos los tiranos, que las ideas se matan con el látigo y con las torturas. Que quebrantado el cuerpo, las ideas mueren. Y lo que logró fue dar a la patria venezolana una heroína al poner a prueba

una voluntad decidida. Hacer brillar con más alteza la causa de la Libertad y de la Justicia.

Allí está en su pedestal

Parecía que nadie se hubiese dado cuenta del gesto heroico de la muchacha patriota. Las madres aterrorizadas desconocían la razón por la cual las obligaron un día a presenciar el espectáculo de una joven arrastrada al suplicio, ignorando la entereza de su gesto. Parecía que todo quedaría en silencio, que nadie sería capaz de recoger su nombre para incluirlo entre los nombres de los héroes de la Libertad. Pero el pueblo zuliano había guardado en su noble corazón la imagen de la muchacha torturada y humillada, para luego exhibirla como un ejemplo de fé y de decisión ante las futuras generaciones.

Ana María Campos está allí en su pedestal que el mismo pueblo le construyó con su sangre generosa: está en sus corazones hoy como ayer, sirviendo de faro luminoso a todas las mujeres y a todas las juventudes que aman la libertad sin claudicaciones, como la amó esta hermosa heroína zuliana.

Importante es destacar en estos momentos en que los valores venezolanos parecen, diluirse, esfumarse, replegarse en medio de un oportunismo que crece a diario como yerba maldita, la figura integral de esta mujer que en medio del potro de martirio supo ser fiel a sus ideales, y

supo erguirse, desafiante, ante el tirano que sojuzgaba su patria, en defensa de esos mismos ideales.

Allí ha quedado esta flor inmaculada, hermosa, virginal, radiante, generosa: Ana María Campos está en el corazón de todos los venezolanos, de todos los hombres y mujeres que aman la libertad y la justicia, sin claudicaciones, como el más hermoso símbolo de la lucha femenina por estos mismos ideales.

Mujeres

Luis Felipe Pellicer

Me estremeció la mujer que parió a su hijo hace doscientos dos años, cinco meses y nueve días en un pedazo nuevo de la Tierra que tiene unos 10.000 o 20.000 años, una diversidad natural tremenda y una historia épica. Parió a 3.800 metros de altura, en una proeza que los llaneros temían imposible:

“A medida que subían cada montaña (...) crecía más y más su sorpresa (...) Hombres acostumbrados en sus pampas a atravesar ríos torrentosos, a domar caballos salvajes y a vencer cuerpo a cuerpo al toro bravío, al cocodrilo y al tigre, se arredraban ahora ante el aspecto de esta naturaleza extraña.”¹

1 <https://memoriasdeoleary.com/coleccionoleary/>

Muchos murieron emparamados, perecieron caballos y mulas. El 2 de julio de 1819 “tarde de la noche llegó el ejército al pie del páramo de Pisba y acampó allí; noche horrible aquella pues fue imposible mantener lumbre por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie y porque la llovizna constante acompañada de granizo y de un viento helado y perenne apagaba las fogatas que se intentaban hacer al raso, tan pronto como se encendían.”

El 3 de julio, continúa O’Leary:

“... me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado, abrumado de fatiga y viéndolos afanados pregunté a uno de ellos ¿qué ocurría? Contestó que la mujer de un soldado del batallón Rifles estaba con los dolores del parto. A la mañana siguiente vi a la misma mujer con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno.”

La madrugada del 4 de julio se produjo el acontecimiento máximo del Paso de los Andes. A mí me encanta saber que las mujeres han sido artífices de nuestro devenir, sin los melindres del feminismo burgués. Porque se ocupan de asuntos vitales con dimensiones cósmicas. Me conmueve haber celebrado el bicentenario del parto heroico de Pisba,

cuando esa mujer imprescindible, llanera, venezolana remontó 3.800 metros para ir a entregarle (con su hijito en los brazos) la libertad a nuestros hermanos colombianos. Me gusta imaginarme que Bolívar la abrazó al completar el descenso, como lo hizo con sus soldados. Me encantaría que nuestras mujeres propusieran esa fecha como Día Nacional del Parto Humanizado.

Me han estremecido un montón de mujeres... mujeres insurgentes.

